

CABALLERÍA

Saludo para **ARMAS Y LETRAS**

Título: *Armas y Letras*. Revista de literatura, arte y cultura de la Universidad Autónoma de Nuevo León, núm. 77

Autores: Varios

Editorial: UANL

Año: 2011

Una revista es como una casa a donde van llegando los invitados. Puede ser también vista como una señora que se quita la edad: pues si *Armas y Letras* fue publicada originalmente como un boletín desde 1943, bajo la iniciativa de Raúl Rangel Frías, esto significaría que el año próximo cumple 70 años, aunque en la nueva época apenas llegue a 15. Quizá tenga razón la señora en quitarse la edad, ya que durante 1970-1973 no se editó y, además, durante algunos años su circulación fue irregular.



La casa cumple 15 años de tener abiertas sus puertas a la conversación, hay motivo para la alegría, sobre todo si a lo largo de sus páginas se han ido sumando y congregando temas, anudando motivos, entreverando conversaciones en torno a obras y autores que, por el hecho de llegar a los salones de la casa, se van apropiando y, por así decir, enraizando. *Armas y Letras*: acción y contemplación, el pincel y la pala, la pluma y la carretilla, el hacer y el decir.

Quince años es, desde la mirada de José Ortega y Gasset, el plazo

mínimo para medir una generación —y parece como si *Armas y Letras* siempre hubiese estado ahí, aunque el espíritu del tiempo la haya obligado a ir cambiando de diseño. Es *Armas y Letras* la publicación con que la Universidad Autónoma de Nuevo León entra a esa feria de la conversación que son las revistas universitarias nacionales y regionales. Y entra, sobra decirlo, con dignidad y decoro a la red de vasos comunicantes que son la *Revista de la Universidad de México*, impresa en la ciudad que se llama como el país; la revista *Crítica* de la Universidad Autónoma de Puebla; *La Palabra y el Hombre* publicada por la Universidad Veracruzana, para sólo calar algunos nombres de este género estricto. En el extranjero una revista editada con el mismo espíritu a la par cosmopolita y regional sería la revista de la Universidad de Antioquia en Medellín, editada por Elkin Restrepo.

Una revista es como una casa; es también como una familia. Y siento a la revista *Armas y Letras*, dirigida por Miguel Covarrubias y editada

por Jessica Nieto, como la casa de unos parientes que viven en otra ciudad, pero que tienen en común con la familia de la que venimos una expresión inconfundible: aires de familia entre las letras.

Volátil y expresiva: es un aire editorial que viene de quién sabe dónde y hace danzar los cuerpos y las luces al mismo ritmo.

Una revista que es una casa, que es como una familia, es, desde luego, un *imán* y un sello que va deslindando un *nosotros*. La primera persona del plural que deslinda *Armas y Letras* viene de muy lejos, de los “nosotros” mexicanos y argentinos que se tradujeron en revistas a principios de siglo donde participan Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Julio Torri, Efrén Rebolledo: ese *nosotros* que va inventando la letra por dentro de las “intimidaciones públicas”, y va como tallando en ellas un hueco para la libertad y un oasis para la felicidad que representa en cada acto, en cada página, en cada poema, en cada ensayo el encuentro renovado del arte, la poesía y el pensamiento.

El número 77 del año 15 que saludan estas líneas está imantado por correspondencias y coincidencias. Enumeremos algunas: una, inescapable, es que se publican, por un lado, un artículo sobre el poeta colombiano Miguel Ángel Osorio, mejor conocido por sus seudónimos de *Ricardo Arenales* o *Porfirio Barba Jacob*, escrito por el poeta y crítico Sergio Cordero y, del otro, una narración de Bárbara Jacobs titulada “Operación Monterrey”,

donde se ritualiza el trampantojo y la *mise en abîme*. Y es que la materia y lugar de la narración es la ciudad de Monterrey, la revista *Armas y Letras*, el director de publicaciones Celso José Garza, y la editora Jessica Nieto. Podría decirse que a Bárbara Jacobs sólo le faltó incluir en su nominación la crónica de esta presentación que hace su amigo y condiscípulo en el taller de Augusto Monterroso, nuestro maestro y durante muchos años su esposo. Otra correspondencia, quizá más sutil, se da entre el artículo firmado por el joven Aguillón-Mata sobre la *Expresión americana* de José Lezama Lima y el ensayo de Irlema Chiampi sobre el Sr. Barroco, y las colaboraciones de Andrés del Arenal sobre ese libro problemático de Alfonso Reyes titulado *Libros y libreros de la antigüedad* —que es en realidad una traducción y una reproducción de la obra de Pinner, *The World of Books in Classical Antiquity*, que el editor póstumo de Reyes, el poeta y crítico nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, decidió incluir como obra de Don Alfonso en sus *Obras completas*.

En ambos ensayos está en juego y práctica la tradición, el traer y acarrear como hecho de cultura y signo originario, sello del *ars combinatoria* como *capital cultural*: vemos funcionar, en los dos extremos de la revista, la “carretilla Alfonsina”, que diría Gabriel Zaid, expuesta por el joven prometedor Andrés del Arenal, y la góndola de José Lezama Lima a través de dos de sus ensayos más significativos: “El romanticismo y el hecho americano” y *La expresión americana*, interrogados por Aguillón-Mata a través de Irlema Chiampi y Severo

Sarduy en textos dialogantes que se abren a la semilla de la expresión cultural americana. Ese diálogo se da en la revista además como un termómetro: se da un “Breve panorama de la radio en Monterrey” por Ramiro Garza; se publica un ensayo sobre el cine, “La tradicionalización de la ruptura”, de Daniel González Dueñas, y “Un desayuno en otros ámbitos y sin diamantes” de Alejandro Martínez. En el centro de la revista, en la sección “Anatomía de la crítica”, se imprime un texto singular y prometedor de Esteban Caviedes, bogotano y colombiano que estudia filosofía y presenta un ensayo provocador: “Campanillas y mandarines”, donde se contrapone la novela corta de Eça de Queiroz, “El mandarín”, y la problemática ética y filosófica de la Tercera Antinomia o Antinomia de la libertad expuesta por Emmanuel Kant en el capítulo dos de la dialéctica trascendental de *La crítica de la razón pura*. De este ensayo propiamente filosófico sobre el tema de la libertad van a manar las correspondencias con, por ejemplo, el ensayo de Analía Melgar sobre Guillermina Bravo, o la página de Eduardo Antonio Parra sobre la muerte y la reencarnación.

He dejado al final dos asuntos: uno corresponde al buzón de sugerencias; otro, a la poesía.

Las sugerencias, siempre respetuosas: que en cada número de *Armas y Letras* se dé breve noticia de algunos materiales del número anterior —y hasta, si es posible, que se reseñe, como es el caso de este texto que el lector está ahora mismo leyendo; y, dos, que se anuncie en lo posible lo que vendrá.

La poesía: aplaudo y me alegra el lugar destacado que se consagra al verso y al poema. Desde los poemas de la joven Xitlally Rivero, la no menos misteriosa “martes-jueves, agosto” de Abraham Nuncio, la traducción de Jacques Prévert hecha por Miguel Covarrubias, la evocación de “Los barrios de Catedral” de María Natividad Flores Medina y en fin, los dos poemas de José Javier Villarreal que sólo puedo decir que me hubiera gustado escribir y quizá hubiera podido escribir.

Discierno simpatías y correspondencias entre el texto de María Natividad y el vuelo barroco de Lezama de Aguillón-Mata y entre el poema de Jacques Prévert sobre la guerra, y el ensayo de Karla Olvera sobre el artista como obra de arte: “Toda alegría quiere eternidad”, dice Zaratustra: yo agradezco a Jessica Nieto, a Miguel Covarrubias y a José Garza que me hayan invitado a dar este testimonio de lectura y celebrar con ellos los 15 años de *Armas y Letras*, revista a la que vuelvo como se vuelve a casa.

Adolfo Castañón

En este número, en que la escritora Minerva Margarita Villarreal nos muestra un trozo de Cavafis, preguntándose cómo se puede hacer un abordaje crítico de este poeta griego, cuando es difícil razonar aquello que nos deja pasmados, nos lleva inevitablemente a querer experimentar su fascinación a través de la lectura de este autor.

Y la provocación se repite cuando Eduardo Antonio Parra nos introduce en el mundo del inexplorado autor argentino Antonio Di Benedetto, a quien Borges le expresara “usted ha escrito páginas que me han emocionado”. Se trata, a mi modo de ver, de la lectura de un acto tan íntimo como puede ser la lectura de alguien más; imaginarme a Borges emocionado en las letras de Di Benedetto me parece una escena altamente disfrutable.

Muchos célebres ejemplos hablan del efecto de las lecturas, como Carlos Fuentes, cuando estando en Zúrich hace seis décadas, agarró valor en la descripción de Susan Sontag sobre su visita a Thomas Mann: “¿Me atrevería a acercarme a Thomas Mann, yo, un estudiante mexicano de 21 años con muchas lecturas entre pecho y espalda, pero con todas las inhabilidades de una sofisticación social e intelectual muy lejos de mis manos? En un ensayo memorable Susan Sontag ha recordado cómo ella, aún más joven que yo, penetró el santo de los santos de la casa de Thomas Mann en Los Ángeles en los años cuarenta y descubrió que tenía bien poco que decir, pero mucho que observar. Yo no tenía nada

Armas y Letras: una revista-libros

TÍTULO: Revista *Armas y Letras* núm. 76
AUTORES: Varios
EDITORIAL: UANL
AÑO: 2011



Leyendo *Armas y Letras*, encuentro en un solo lugar libros, autores, reseñas, crítica e imágenes que me producen en sí la idea de muchos libros en mis manos; y con gusto, casi siempre experimento lo que Vila-Matas cuando escribió en su *Dietario Voluble*: “No sé por qué me gusta leer a ciertos autores cuando comentan los libros de los otros (...) Esta mañana, por ejemplo, acabo de encontrarme con un Julien Gracq fascinado ante unas líneas en las que Proust describe los pasos de Gilberte por los Campos Elíseos”.

Pienso entonces en *Armas...* como una revista-libros, que abre sus páginas a textos y autores de todas partes y estilos críticos.

que decir, pero, como Sontag, mucho que observar”, destacó Carlos Fuentes.

Y esto no es más que la inspiración que produce la vivencia escrita de alguien más, la osadía, la emoción o la suerte de otro, eternizada por medio del acto de escribirlas.

En *Armas y Letras* advierto además esa especie de radiografía en primera persona que discurre en voz de los autores: la apuesta literaria de Bárbara Jacobs por una tergiversación ingeniosa del yo, y la experiencia que nos comparte tras su exploración de las posibilidades de géneros como el diario, la biografía, el diálogo y la entrevista.

O las lecciones de la rumana Ilinca Ilian, recordándonos —a propósito de obras mayores de la narrativa latinoamericana, como *Rayuela*, *Paradiso*, *Cien años de soledad*, *Conversación en la catedral* o *Los detectives salvajes*—, que el arte debe ser universal, difícil y redentor.

Este número de *Armas...* también tiene música: leyendo a Beatriz Espejo tuve ganas de una pausa para teclear en el buscador de Youtube, la escena memorable de *Tacones lejanos*: “...si tienes un hondo penar piensa en mí...”.

La revista recoge con elegancia el difícil oficio de la crítica, de la cual la joven escritora cubana Ena Lucía Portela ha dicho: “Los críticos fabulan, andan por ahí como Adán, nombrándolo todo, y luego pretenden que la realidad sea como ellos la han inventado”. Pero, invención o no, disfruto la realidad literaria que retrata *Armas y Letras* como un espacio físico trascendente en la cultura de la región y del país desde hace más de medio siglo.

Revisando un número de la revista de hace 60 años, el de septiembre de 1952, leía un artículo de Enrique Diez-Canedo sobre Alfonso Reyes, donde escribía a modo de sumario: “Ahora, querido Alfonso, que está usted en París, hablando de México, me propongo —libre de su influencia, evadido de nuestra amistad—decir algo de su último libro”.

Se refería a *Huellas*, el libro de versos de un autor conocido personalmente.

Sesenta años después, leemos en este número al maestro Miguel Covarrubias, en su artículo titulado *Doble o triple acercamiento a Reyes*, donde analiza cómo el pintor Sergio Villarreal informa gráficamente, no sólo aspectos de la apariencia sino de las influencias y las filias del regiomontano universal. Y escribe que a pesar de que Sergio Villarreal no pudo conocer personalmente a Reyes, es decir, no pudo retratarlo en vivo, sin embargo lo dibuja a partir de toda una iconografía y la lectura minuciosa de la obra del escritor.

De este modo ha tenido coherencia y continuidad *Armas y Letras*, sustentando temas de relevancia a través de las generaciones y respondiendo con talento crítico al paisaje literario y el pensamiento estético de cada tiempo.

Por aquella década de los años 50, la revista apareció como Boletín Mensual de la Universidad de Nuevo León; por entonces, publicaba además de artículos de crítica, arte y cultura, noticias de los cursos de invierno: las notas daban cuenta del ciclo de cinco conferencias ofrecidas, bajo el tema de *La creación poética*, por

Octavio Paz, o la conferencia del historiador Daniel Cossío Villegas sobre el porfiriato y la Revolución mexicana.

Hoy, es una revista especializada en literatura, arte y cultura de la Universidad Autónoma de Nuevo León y responde a la propia exigencia institucional de generar publicaciones con calidad, intercambio cultural y científico, patentes, movilidad y aportes al conocimiento, buscando cada vez más ser una Universidad de nivel global, trascendente en el ranking de las instituciones académicas del mundo.

Esto es visto a nivel macro-institucional, pero cuando se trata de una revista hecha por gente conocida, el afecto se vuelve particular. Y es que mas allá de la arquitectura de esta revista, el cuidado con que construyen su anatomía o la imagen para cada texto, cuando uno ha conocido el ático donde literalmente se “arma” la idea de la publicación, cuando uno ha conocido a la gente que la edita, la diseña, escribe, el conjunto se vuelve aun más entrañable.

En esta edición, el contenido se hace acompañar de una particular narrativa visual: un conjunto de imágenes que se presentan extremadamente cotidianas, extremadamente poéticas en la multimirada de la artista visual regiomontana Irasema Aguiñaga.

Para contenido e imágenes mi reflexión es la misma, como dijera Alberto Paredes “el estilo es la idea” y esta revista tiene estilo. Con este número y apropiándome de unos versos contenidos en él, del poema *Errata* de Gloria Collado: “llegaron los signos y las letras y no dejaron palabra con cabeza.”

Y debemos festejar eso: que sobreviva una revista de literatura, en medio no sólo de las discusiones sobre el futuro de las publicaciones impresas, si no además, en un tiempo donde emulan por nuestra atención las redes sociales, los juegos en línea, la televisión que pondera la cotidianidad de Kim Kardashian, o simplemente los casinos o cualquier otra forma de entretenimiento fácil. Leer libros, leer sobre libros, se convierte entonces en una determinación, una elección por encima de las tendencias modernas.

Y vaya que no creo que exista antagonismo entre lectura, escritura y tecnologías, hace unos días en el Colegio Civil Centro Cultural Universitario, Cristina Rivera Garza en la presentación de su libro *Viriditas*, aludía al fenómeno de las publicaciones de 140 caracteres a través de Twitter (una especie de twitteratura) y las distintas redes que han potenciado la expresión humana, ya sea Myspace o Youtube, Facebook, Twitter o los blogs, sobre todo para la gente que tiene algo que decir, y había tenido pocos soportes para hacerlo.

Pero precisamente por esa elección del placer por leer aun percibiendo el olor de la tinta en el papel, con la seguridad de que estoy accediendo a un contenido genuino, y no a una desambiguación en Wikipedia, por todo esto celebro que exista *Armas y Letras* atravesando los años, y brindo por ustedes que la hacen posible. Salud por eso.

Lizbet García Rodríguez

NAHUI OLIN, LA ETERNA

Título: *Nahui Olin: sin principio ni fin. Vida, obra y varia invención.*
Comp. y coord. Patricia Rosas Lopátegui
Edita: UANL
Año: 2012



Hasta hoy, todo lo que sabíamos de Nahui Olin es que era una pintora mexicana de principios del siglo XX y que pertenecía a una pléyade de mujeres distinguidas en los ámbitos del arte y la cultura: Tina Modotti (fotógrafa), Frida Kahlo (pintora), Antonieta Rivas Mercado (escritora y mecenas), Lupe Marín (novelista), Dolores del Río (actriz), María Izquierdo (pintora), Lupe Rivas Cacho (actriz), Amalia Castillo Ledón (feminista y diplomática), María Conesa (actriz), Clementina Otero (actriz), Lupe Vélez (actriz) y María Tereza Montoya (actriz), entre otras.

Ahora, gracias a la investigadora Patricia Rosas Lopátegui (Tuxpan, Ver., 1954) y su volumen *Nahui Olin: sin principio ni fin*, sabemos que Nahui era, además de pintora: “dibujante,

grabadora, caricaturista, pianista, poeta, ensayista y aficionada a la ciencia” (2012: 28). También fue compositora, maestra de dibujo, precursora del feminismo y musa y modelo de pintores (Diego Rivera, Dr. Atl, Ernesto “Chango” García Cabral, Roberto Montenegro, Gabriel Fernández Ledesma, Jean Charlot, Matías Santoyo, Ignacio Rosas, Antonio Ruiz “El Corcito”, etc.) y fotógrafos (Edward Weston, Gustavo Casasola y Antonio Garduño).

Rosas Lopátegui tiene a bien rescatar los cinco libros que Nahui logró publicar entre el vértigo de su agitada vida: *Óptica cerebral. Poemas dinámicos* (1922), *Cálinement je suis dedans* (Tierna soy en el interior, 1923), *A dix ans sur mon pupitre* (A los diez años en mi pupitre, 1924), *Nahui-Olin* (1927) y *Energía cósmica* (1937). Tres libros más permanecen

inéditos: *Una molécula de amor*, *Totalidad sexual del cosmos* y un poemario sobre uno de sus amantes, Eugenio Agacino.

También sabemos, gracias a este volumen, que Nahui Olin se llamaba en realidad María del Carmen Mondragón Valseca, que nació en la Ciudad de México en 1893 y murió en esa misma ciudad en 1978, que su seudónimo le fue impuesto por el pintor y vulcanólogo Gerardo Murillo (Dr. Atl) hacia 1922 y que representa: «el cuarto movimiento del Sol, cuya significación cosmológica se relaciona con el símbolo de los impulsos renovadores del universo, con el eterno retorno y la transformación de las fuerzas cósmicas» (601).

Carmen Mondragón fue hija del general Manuel Mondragón, militar que inició el cuartelazo para derrocar al presidente Madero el 9 de febrero de 1913 y luego fue premiado por el usurpador Victoriano Huerta con la Secretaría de Guerra y Marina para, más tarde, renunciar y salir del país en un exilio disfrazado rumbo a Bélgica; de allí marcharía a París y se asentaría definitivamente en San Sebastián, España.

Ese mismo año de 1913, Carmen Mondragón se casó con el pintor Manuel Rodríguez Lozano y al año siguiente viajaron a París para reunirse con la familia de ella. Durante ese tiempo tuvieron un hijo que murió en condiciones poco claras. Vivieron en San Sebastián hasta 1920 para luego regresar a México.

Fue entonces que comenzó a gestarse la leyenda de Nahui Olin: al año siguiente dejaría al marido para irse a vivir con el Dr. Atl. Vendrían

después otros amantes, comenzaría a pintarse a sí misma desnuda y a ser fotografiada como dios la trajo al mundo, impactando con ello a una sociedad mojigata que ostentaba dos morales: una para los hombres y otra para las mujeres. Posiblemente por esto, Hollywood la llamó, pero no filmaría película alguna.

Por cierto, el Dr. Atl reproduce en su novela *Gentes profanas en el convento* (publicada en 1950 e incluida aquí fragmentariamente: 215-256), algunas de las cartas que Nahui le envió durante su relación. En ellas predomina un tono apasionado y erótico, demasiado explícito para la época (1921-1925).

A mediados de los años cuarenta, Nahui se fue retirando de la vida pública hasta concluir vistiendo harapos, cuidando gatos y siendo víctima del olvido y la maledicencia popular que la llamaba «la polveada», «la loca», «el fantasma del Correo», «la dama de los gatos», etc. (500-501).

Su resurrección se debe al restaurador de arte Tomás Zurián Ugarte quien desde 1978 se ha dedicado a reunir el material de Nahui para promoverlo a través de exposiciones, análisis, ensayos, artículos y entrevistas, además de facilitarlos a personas interesadas (como la autora de esta investigación), llegando al grado de convertir su casa en un santuario en honor de esta artista y hasta regalar cinco mil reproducciones de una fotografía de Nahui, la misma foto que lo fascinó la primera vez que la vio y que originó su veneración.

Complementan este volumen antológico más de cien documentos entre los que hay prólogos, poemas de y para Nahui, ensayos,

crónicas, anécdotas, traducciones, invitaciones, diplomas, semblanzas, artículos, reseñas, análisis, portadas de libros, cartas, remembranzas, folletos, fotos, notas, manuscritos, entrevistas, recortes de periódicos, dibujos, óleos, poemas ilustrados, reportajes, prosa poética, un documento oficial, un fragmento de novela (del Dr. Atl), una cronología y una bibliografía de y sobre Nahui. Todo bajo la prestigiada firma de autores como Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Guadalupe Amor, José Gorostiza, Raquel Tibol, Rubén Salazar Mallén, María Luisa «La China» Mendoza, Homero Aridjis, Adriana Malvido, Tomás Zurián, Rocío Luque (traductora de los libros franceses de Nahui incluidos aquí) y Armando Ponce, entre otros.

Sí, ahora ya sabemos que Nahui Olin fue un espíritu libre que cabalgó impetuosamente entre la hipocresía social de su tiempo a través de su arte y sus pasiones, preludiando con ello la liberación sexual de los años sesenta, aunque despistadamente «El misógino Salvador Novo la sentenció como un caso incurable de ‘furor uterino’» (520).

Eligio Coronado



Beats en cómic



TÍTULO: *The Beats: A Graphic History*

EDITA: 451 editores

AÑO: 2011

A más de cincuenta años de la publicación de sus obras señeras, la Generación Beat aún despierta entusiasmo. Y a unos pocos meses del fallecimiento de Harvey Pekar (mito del *underground*) se lanza en español *The Beats: A Graphic History*, un compendio sobre el movimiento precursor de la contracultura.

Bajo el lema “La vida ordinaria es bastante compleja”, Harvey Pekar debutó como guionista de cómic con *Esplendor americano*. Incapaz de dibujar siquiera una uva, contó con ilustraciones de primerísima línea: la mano chaquetera de Robert Crumb dio vida a sus primeros engendros. A diferencia de la historieta de súper héroes, el tema de Pekar era su autobiografía. Su manera de presumirse era: “Directo de las calles de Cleveland, *Esplendor Americano*”, en franca alusión al contenido cotidiano de sus historias.

La estética de su trabajo, próxima al realismo sucio, lo identifica con escritores que se han dedicado con ahínco a desprestigiar el *American*

way of life. Por su afición al jazz, su adicción al género le permitió mal vivir como reseñista durante algún tiempo, guarda una estrecha correspondencia con los escritores jazzeros por antonomasia: los miembros de la Generación Beat.

Tras la muerte de Charles Bukowski y Frank Zappa es indudable que el *outsider* más auténtico es Harvey Pekar. Inspirado por lo beat, más por lo *outsider* de la biografía que por la obra, Pekar y colaboradores trazan una serie de cómic *biopics*. Un experimento no nuevo, pero tampoco común. Explotado primordialmente por el cine, el *biopic* ha tenido poca resonancia en la historieta. El mismo *Esplendor americano* es una referencia, la diferencia radica en que la biografía de Pekar se escribe día a día y la del *biopic* establecido es una historia contemporizada.

La primera parte de *The Beats: A Graphic History* es lapidaria respecto a la prehistoria del movimiento: la Generación Beat fue conformada por sólo tres miembros, Jack Kerouac, Allen

Ginsberg y William Burroughs, teoría respaldada por estudiosos del tema como Barry Gifford. Sin embargo, la perspectiva histórica le ha concedido a Neal Cassady un lugar insoslayable dentro de la mitología *beat* primigenia. En este apartado se retrata la vida de Jack, Allen y Bill. Coautoría de Pekar y Ed Piskor, guión e ilustraciones respectivamente.

Aunque no se arrojen datos reveladores sobre el movimiento, el mérito testimonial del documento es invaluable. La novela gráfica, todavía considerada un arte menor, ha conseguido situarse como uno de los vehículos preponderantes para documentar la historia. Pese a que su impacto no ha conseguido trascender una minoría o si se quiere un público especializado, es interesante el hambre de la novela gráfica por presentar su versión de los hechos.

En lo que respecta a la exclusión de Neal Cassady, la historia continúa siendo injusta con su figura. Quizá el argumento contra su no pertenencia sea que fue

autor de un solo libro. Más allá de la importancia literaria del *Primer tercio*, Cassady merecía un *biopic* dentro del libro.

Existe un resentimiento inconsciente en contra de Neal. Sus coqueteos con el jipismo, su adhesión a Ken Kesey y sus correrías con Bukowski huelen a traición para ciertos adoradores del espíritu beat. Imposible de contener, Cassady abandonó a Kerouac, sin importar lo famoso que fuera. Fue la primera deserción tácita del grupo, después vendría la de Ginsberg, que abducido por su fascinación por Bob Dylan y el *Flower power*, se alejaría ideológicamente de Kerouac. Burroughs jamás aceptó formalmente ser un beat, por lo que el distanciamiento era improbable.

Con base en lo anterior, existe una impronta que todas las historias *beat* han ignorado, cuando el movimiento gana celebridad se produce una polarización del mismo, más allá de la anatema política. Jack y Neal por un lado, Allen y Bill, por el otro. Ninguno tan afín a Jack, el rey de los *beats*, como Cassady. La traición sufrida por

Jack no existe, Neal fue el único fiel al sentimiento de autodestrucción que siempre alimentó a Kerouac. Al renunciar a un deceso trágico, Allen y Bill traicionaron el final de fotografía que supusieron las muertes de Jack y Neal.

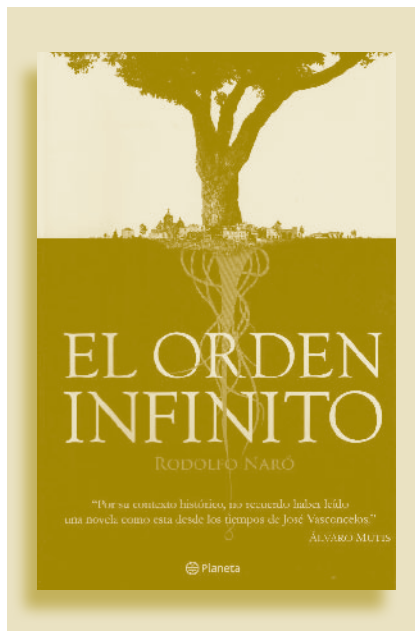
La segunda parte del libro se centra en personalidades correspondientes a la segunda etapa del movimiento *beat*: lo *beatnik*, y en la revisión de algunos poetas anteriores a lo *beat*, como Charles Olson. Después de los capítulos dedicados al renacimiento poético de San Francisco, McClure, Whalen, Rexroth, Duncan, Ferlinghetti, Corso, LeRoi Jones y Robert Creeley, a cargo de la dupla Pekar-Piskor, empiezan las colaboraciones. Paul Buhle (guión) y Nancy J. Reters (ilustración) repasan la mítica librería City Lights. Patchen, Lamantia, Gary Snyder, Diani di Prima, las mujeres *beats* (con guión de Joyce Brabner, esposa de Pekar) y el jazz y la poesía, son narrados e ilustrados por diversos autores, entre los que destaca Peter Kuper, habitual de la revista *Mad*.

Un aspecto que destaca entre la

selección del editor Paul Buhle es la cantidad inusitada de poetas que conforman esta novela gráfica. Sólo Kerouac, Burroughs y Ferlinghetti son narradores. Lo que da pie a una segunda lectura de la obra, no sólo pretende condensar aspectos de la Generación Beat, sino que encierra una parte importante de la historia de la poesía moderna norteamericana.

Como toda biografía acerca del movimiento, *The Beats: A Graphic Novel*, presenta fisuras. Su esfuerzo es notable, pero denota que lo *beat* aún busca a su biógrafo definitivo. Ni Gerald Nicosia, Barry Gifford, James Campbell, Dennis McNally o Jorge García-Robles, han podido consolidar un relato equilibrado sobre la Generación Beat. Mientras tanto, la literatura *beat* sigue editándose. Libros inéditos continúan apareciendo, a la espera de ese biógrafo que le otorgue coherencia al movimiento, no simple cronología, con la esperanza, tal vez, de que si no lo encuentra, se baste a sí misma para biografiarse.

Carlos Velázquez



EL ORDEN INFINITO

TÍTULO: *El orden infinito*
AUTOR: Rodolfo Naró
EDITORIAL: Planeta
AÑO: 2007

Un poeta posee múltiples recursos para el manejo propio y exacto de la palabra. Con este impulso llega Rodolfo Naró a su primera novela, género en el que se ha afirmado desde el inicio, pues se trata de una fascinante narración que mezcla

ficción e historia, y que va de lo realista a lo fantástico.

El espacio donde se desarrolla la mayor parte de la trama de la novela es un pueblecito de la Sierra Madre Occidental, San Pedro Analco, municipio de Tequila, Jalisco, la tierra natal del autor, evocación de esa

“ribera opuesta” del río Santiago, viejo señorío de Xalisco que comprendía tierras de Jalisco, Nayarit y Zacatecas, región evangelizada por los frailes de Santo Domingo.

Este poblado donde se desarrolla el relato posee magia, porque sus contornos están compuestos de valles para el agave tequilero, profundas barrancas y la sierra, donde flora y fauna salvajes convidan a la aventura, en tanto que en la villa se entretajan una serie de sucesos, la mayor parte de ellos desazonados, que van ligando imperio con Reforma, y Porfiriato con Revolución y guerra cristera.

Se trata de una novela de pasiones; de amores y odios. En *El orden infinito*, cada uno de sus personajes tiene fuerza, aun la débil Dolores, hija del médico Leonardo Ralla y la enferma Lucrecia. El personaje nuclear es Virginia, la Nina Ramos, quien fue dama de Carlota y bailó el mismo vals en el mismo castillo con los únicos dos emperadores que ha tenido el México independiente; la que toca el piano, lee y es madrina y dueña del pueblo.

Otros personajes son la hechicera Nacha, el singular padre Ramberto, la dueña del prostíbulo María la Blanca, la titubeante Judith, el terrible general Lupe Santos, el mayoral Cápora, el débil Ataúlfo, el alcalde Belisario Rojas y su esperanzada hija Adela, el elusivo Modesto Najar.

Por el relato desfilan también: Porfirio Díaz, Amado Nervo, Pancho Villa, Felipe Ángeles, Emiliano Zapata, José Vasconcelos, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Joaquín Amaro, en un apego histórico al fondo de los sucesos, variando naturalmente la forma, que es constitutiva de toda novela.

Los horrores de la Revolución quedan descritos en el asalto a la casa grande de la hacienda del Cabezón, donde, entre otros, perecen don Rómulo Fonseca y su esposa Asunción, padres del niño Salvador. Toda esta violencia impacta a Salvador, quien luego participa como soldado y comandante cristero, asumiendo en la parte final de la novela un papel protagónico.

Resulta incuestionable el dominio sintáctico del autor, el que echa mano de bellas figuras literarias;

a la vez, sus personajes poseen un habla culta y un habla popular, para denotar las diferentes clases sociales y la peculiaridad propia de cada sujeto. Un recurso muy bien logrado en Naró es el de la retrospección, como puede constatarse en el despertar de Nina Ramos del año viejo al año nuevo. Y en el cuerpo del relato se van dando voces onomatopéyicas, adagios, expresiones culturales y muestras del arte culinario de la región.

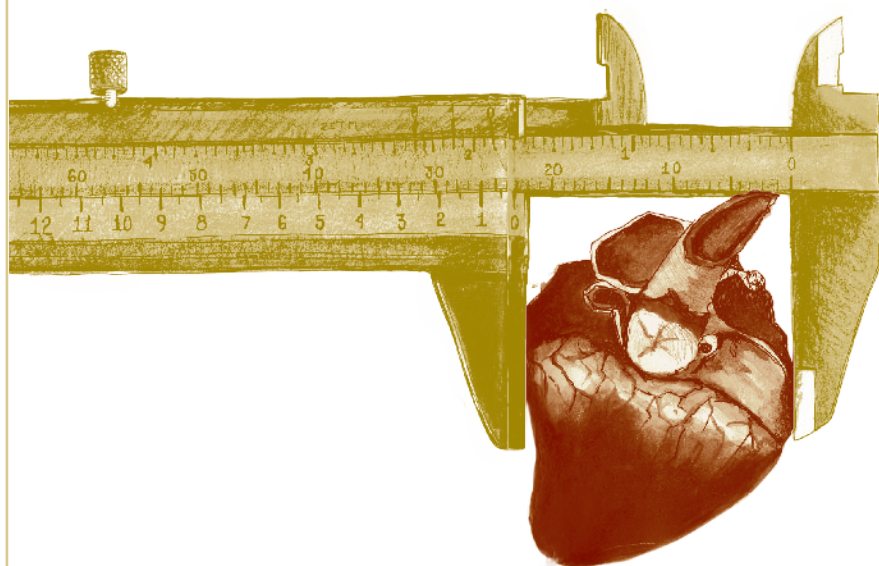
Las campanas de la parroquia y, aisladamente, las campanadas del reloj, marcan los cambios de acción en el relato. En torno a este elemento podría abundarse, tema que seguramente la crítica literaria especializada abordará en el análisis más exhaustivo de la obra.

Asimismo, un trasfondo religioso está presente en la novela. Es Azrael, el ángel exterminador. Es el demonio, que asume diversos rostros. Son las referencias bíblicas. Es el lenguaje apocalíptico que se da en el templo y fuera del mismo, particularmente en momentos en que tiembla la tierra y se dan fenómenos inusitados.

Posee un lenguaje rulfiano *El orden infinito*. Tiene igualmente semejanzas con la prosa poética de Juan José Arreola y con la de Agustín Yáñez de *Al filo del agua*. Como que Naró es también jalisciense y la tierra contagia, atrae y potencia. Su novela es un mentís a que el tema de la Revolución mexicana está agotado.

Como la novela misma, el final es imprevisto y genial. Un libro para leerse en 309 páginas, que no se caerá de las manos de ese lector que, como ha dicho Noé Jitrik, busca que la literatura “le cambie la vida”.

José Roberto Mendirichaga



HIPOCONDRIACA / DUOTONO / DIBUJO SOBRE MOLESKINE

